

Los archivos privados de los Borbones de Nápoles: documentos para una historia privada del último Rey

Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 30 octubre 2014

Altezas Reales, Excelentísimo Señor Don Antonio Bonet Correa, Excelencias, Hermanos de la Orden, Señoras y Señores,

Estoy obligado a invocar, en primer lugar, a la paciencia y la comprensión de todos Ustedes por mi pronunciación de la bella lengua castellana; en segundo lugar, quisiera agradecer a la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge que, en persona de los máximos responsables, ha posibilitado esta conferencia en la prestigiosa sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Tal y como se explicita en la página web de la institución, “a la iniciativa de Felipe Quinto y al esfuerzo de Fernando Sexto hay que sumar el empuje dado a la Academia por Carlos Tercero”, rey que nuestros países han tenido en común; un Rey iluminado que, después de transcurridos dos siglos desde la extinción de la dinastía Trastámara, condujo a Nápoles a convertirse en un reino independiente y mereció, por parte de sus primeros súbditos, el apelativo de “Rey propio y nacional”.

Centrándome en el tema de esta conferencia – la historia “privada” de Francesco Segundo de Borbón-Nápoles – he querido proponerlo por diversos motivos. En primer lugar, por la conmemoración de los ciento veinte años de la muerte del Rey. Para subrayar, además de la ya conocida y estudiada dimensión política y militar, la consistencia moral demostrada en las relaciones familiares y, por extensión, privadas. Para dar a conocer y proponer a los investigadores – no solamente napolitanos – la imponente colección documental conservada en el *Archivio di Stato de Nápoles*, anteriormente “Gran Archivo del Reino”, comprado por parte de la República Italiana en mil novecientos cincuenta y uno, con una segunda parte, de dimensiones más modestas pero no por ello menos importante, depositada en tiempos recientes por parte de los herederos.

Los archivos privados de la familia se añadieron, de este modo, a aquéllos de la Secretaría de Estado de Casa real, del siglo dieciocho, y de la oficina denominada Casa Real Administrativa, del siglo diecinueve.

Esta colección documental, que también se conserva materialmente en el mismo edificio monumental, está formada por decenas de miles de documentos que contienen la historia – y las historias – de reinantes, de estadistas, de personas comunes, de lugares, de objetos, de obras de arte y de acontecimientos, que permiten perfeccionar el conocimiento de unos

años fundamentales de la historia de nuestro país, a pesar de la destrucción parcial derivada de un horrible y criminal acto vandálico debido a la ignorancia y a la barbarie.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los documentos más preciosos del Archivo fueron depositados en una villa de la provincia de Nápoles, en San Paolo Belsito, con la finalidad de protegerlos de los bombardeos aliados. Un comando alemán incendió la villa y se perdieron, entre otros muchos, setecientos treinta y seis legajos de la Secretaría antigua, mil setecientos cincuenta y cinco legajos de la serie "reservados", mil cuatrocientos cuarenta y cinco volúmenes impresos: un total de cuatro mil seiscientos cuarenta y una unidades archivísticas, solamente por lo que se refiere a los documentos de importancia y temática borbónica. Es sabido que la pérdida afectó, además, a un gran número de documentos angioinos, aragoneses, vicereales y a miles de pergaminos de un valor incalculable.

El viaje de los documentos napolitanos no se produjo, como se puede imaginar, pasando por Gaeta, a donde el joven rey se trasladó después de salir de Nápoles, sino que desde la ciudad partenopea fueron enviados a Roma, al palacio Farnese, primer lugar de exilio de la real Familia y, seguidamente, trasladados a Munich, en Baviera, en una casa adquirida por Francesco Segundo.

Posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial, a fin de evitar los peligrosos bombardeos, se decidió trasladar todo el archivo al castillo de Hoenschwangau, aunque no se consiguió completar la transferencia: alrededor de cuatrocientos setenta legajos, entre los cuales parece ser que se encontraba la correspondencia de los Soberanos con diversos diplomáticos, ardieron a causa de una bomba incendiaria.

Último apunte: entre los documentos borbónicos, en el momento de la compra, se encontraron, además, once cajas con documentación de casa Farnese, conservada aparte porque se usaron en un contencioso sobre el feudo farnesiano de Caprarola con la familia Pallavicino.

La segunda parte del archivo Borbón-Nápoles, llegada al *Archivo* en los primeros años sesenta del pasado siglo, comprende cuarenta y siete legajos de contenido prevalentemente administrativo, fechados entre mil ochocientos sesenta y dos y mil novecientos cuarenta y dos. Entre estos legajos administrativos, sin embargo, hay documentos extremadamente importantes, como son los diarios de Su Majestad Francesco Segundo en el exilio, escritos entre mil ochocientos sesenta y dos y mil ochocientos noventa y dos, con anotaciones que llegan hasta el veinticuatro de diciembre, pocos días antes de la muerte del rey; el contrato matrimonial y la dote de la reina María Sofía (en copia); la dote de la venerable, hoy beata, reina María Cristina y su herencia.

A través de los archivos de la familia real napolitana podemos recorrer prácticamente toda la vida, pública y privada, del joven duque de Calabria hasta la llegada al trono, durante la desafortunada defensa del reino y, finalmente, en los diversos lugares de su exilio.

El primer documento que quisiera destacar es, obviamente, el acta de nacimiento del príncipe, acompañada de una copia legal del original, que se halla en el registro del Estado Civil de la ciudad de Nápoles, distrito de San Ferdinando (en el que, por otra parte, se encuentra el Palacio Real), el día dieciseis de enero de mil ochocientos treinta y seis, en el número setenta y cuatro de dicho registro. A pie de página del documento se añadió la anotación del bautismo, celebrado en la Real Capilla Palatina. El feliz evento, sin embargo, se vió pronto ofuscado por la tragedia: un segundo documento relata la enfermedad y la muerte por complicaciones post-partum de Su Majestad la reina María Cristina de Saboya.

La sucesión de los documentos continúa como necesariamente debe proseguir la vida de la familia real: el joven duque está destinado a continuar la dinastía y a suceder al padre en la guía del reino. Inicia, consecuentemente, un recorrido de estudios y de preparación militar.

Entre la correspondencia encontramos las primeras cartas de un hijo afectuoso que, aunque de modo formal, debido a las costumbres y a los tiempos, agradece al padre los regalos – algunos juguetes – recibidos y le informa de las ocupaciones del tiempo libre transcurrido entre paseos por los jardines a pie o a caballo.

Las cartas de los hermanos conmueven por el tono entre afectuoso y bromista, en las que pasan de llamar al duque “Franceschino” o, frecuentemente, con el cariñoso sobrenombre de “Lasa”, lasagna, el plato preferido del príncipe, que sentía una verdadera pasión por la pasta, como en la más auténtica tradición culinaria napolitana. Este sobrenombre fue usado durante mucho tiempo en la familia y por parte del mismo duque, hasta el punto de que incluso en los cuadros iniciados por el maestro de dibujo y pintura de los príncipes reales, Giacinto Gigante, que terminaban y firmaban los jóvenes autores, en aquéllos pintados por Francesco Secondo se encuentra la firma “Lasa”. Recientemente, algunas de estas telas fueron puestas a subasta en Gran Bretaña y están reproducidas en el catálogo de venta.

También la educación militar fue iniciada pronto. En mil ochocientos cuarenta y siete, a los once años, tuvo la primera promoción a alférez del tercer regimiento de línea; desde noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho hasta septiembre de mil ochocientos cuarenta y nueve, el duque presta servicio en la guarnición de la plaza de Gaeta, durante todo el periodo en el cual el Santo Padre Pío Noveno se alojó en el lugar; en mil ochocientos cincuenta y cuatro es coronel del mismo regimiento. Los

estudios también prosiguen: en disciplinas filosóficas, históricas, literarias y en lenguas extranjeras. Existen, en cuanto a los estudios se refiere, diversos cuadernos mensuales con la lista de las lecciones con anotaciones probablemente diarias.

Podemos concluir la edad juvenil con el paso a la madurez a partir de dos episodios: el matrimonio con Su Alteza Real Doña María Sofía Amalia, duquesa de Baviera, documentado con la transcripción de fecha de veintiocho de marzo de mil ochocientos cincuenta y nueve del rito celebrado por poderes en Munich en el mes de enero del mismo año, y la muerte del adorado padre, relacionado con la cual otro documento, el testamento de Ferdinando Segundo, resulta haber sido escrito de mano del mismo duque de Calabria, dictado por el padre, ya gravemente enfermo. No se sorprendan de que, incluso en este documento, en la más formal descripción de los bienes repartidos, en parte, a los príncipes segundones y a las princesas, se diga textualmente: "*La villa Caposele come bene libero la lascio al mio primogenito, al mio caro Lasa*", el afectuoso sobrenombre usado en familia, para después retornar a la forma austera debida al momento y al rango y afirmar que – y aquí traduzco desde el italiano del documento original – "Esta mi disposición testamentaria tendrá valor de ley de familia, en la cual jamás magistrado alguno podrá intervenir, y único y sólo Juez y Árbitro es mi sucesor o quien le sigue".

El periodo del reino y la permanencia en Gaeta, desde la asunción del título real en el cincuenta y nueve hasta la salida hacia el exilio romano en febrero del sesenta y uno, están también documentados en los archivos. La renovación de los cargos del gobierno, la llamada a Filangieri tal y como había sugerido el rey difunto, una serie de intervenciones legislativas para iniciar una reforma del Estado en sus leyes y en la organización administrativa, la potenciación de las líneas ferroviarias y de la fábrica de locomotoras y vagones de Pietrarsa, eran señales del gran deseo de trabajar para el bien del País. La idea de mejorar los comercios internos con una política de obras públicas, conectar el reino también hacia Sicilia, fueron los intentos que quedaron paralizados por la precipitación de los acontecimientos. A pesar de las noticias que un atento servicio de "inteligencia" había hecho llegar a conocimiento de las autoridades políticas y militares, el peligro de una sublevación fue tomado con mucha ligereza debido a las exageradas opiniones de algunos colaboradores. El desembarco de Garibaldi, la poca preparación de algunos y la traición de otros – y quisiera subrayar que no fue jamás por parte de la tropa sino a menudo por parte de los mandos – obligó a un precipitado y torpe intento del gobierno de conceder constitución, amnistía y libertad de prensa. El joven rey siguió los consejos de sus colaboradores, pero los avatares de la guerra tendían ya, dramáticamente, a lo peor. El seis de septiembre del sesenta, la pareja real se trasladó a la fortaleza de Gaeta. La documentación conservada recorre todos estos acontecimientos con cartas, periódicos, memorias... El

último acto de este periodo es una proclama, una protesta solemne, redactada e impresa en el momento del abandono de la capital – abandono debido al deseo de no imponer a Nápoles un asedio con las consiguientes destrucciones – y, finalmente, la heroica resistencia de los jóvenes monarcas y de la última parte del ejército de las Dos Sicilias que debían, ya no salvar el reino, sino el honor de una dinastía y de un pueblo.

En los legajos conservados del archivo Borbón-Nápoles, las proclamas, la correspondencia, los proyectos, todo ello nos habla de aquellas dramáticas y emocionantes jornadas. Poco espacio se deja para la parte privada. La atención de los asuntos del gobierno y de la guerra se sobreponen al resto. Desde Gaeta, la actividad de la organización y defensa del Reino se inicia con una contemporánea y paralela planificación de la actividad diplomática. Los ministros plenipotenciarios del rey en el extranjero permanecen todos fieles y buscan cualquier modo de servir a su monarca con todos los instrumentos de la diplomacia. La espléndida jovencísima reina, siempre al lado del rey, es vista sobre los palcos, entre las tropas; antiguas imágenes muestran a los monarcas impávidos, desafiando al fuego enemigo. Se continúa como se puede, y cuando es posible, la comunicación con el extranjero, y se encuñan medallas conmemorativas para los militares fieles, por la batalla de Capua y por los defensores de Gaeta. La documentación de los ministerios nos narra además las concesiones de títulos caballerescos y promociones militares, útiles para controlar eventuales abusos. Pocos los títulos concedidos y validados; muchos los concedidos a condición de ser regularizados en tiempos más oportunos, y otros tantos que permanecerán no resueltos. En los registros de aquellos días, a veces, al lado del nombre de una persona promovida se halla un añadido: no concedido, desertó.

Las crónicas nos dicen que en una sola ocasión se vio llorar a la reina: cuando fue arriada la bandera y la pareja real partió a bordo de un barco francés, la *Mouette*, acompañada por el himno de Paisiello, "*tra due ali di laceri eroi*", es decir, entre dos filas de héroes con los vestidos harapientos. Pero la defensa vio también en primera línea a otros príncipes reales: el conde de Caserta estuvo al mando de baterías de artillería y el conde de Trani fue coronel de un batallón de infantería, dispuesto a afrontar un ataque enemigo por tierra.

Se inicia, así, el exilio en Roma, huéspedes por un periodo, que va desde febrero del sesenta y uno hasta el sesenta y tres, en el Quirinale. El Papa Pío Nono no había olvidado la hospitalidad recibida por parte de la familia del joven príncipe en Gaeta en el cuarenta y nueve pero, terminados los trabajos de restauración, la familia real se trasladó al palacio Farnese. Todavía, por un cierto tiempo, el rey exiliado continuó teniendo un gobierno, y un grupo de fieles diplomáticos en las cortes europeas que aún no reconocían el nuevo estado italiano. Los documentos del gobierno en el exilio certifican la actividad de este grupo de hombres, guiado por el

marqués Pietro Ulloa, que, alrededor del rey, recurren a todas las vías que su difícil posición política, y en cierto modo económica, permiten, con la esperanza que pueda dar aún algunos frutos. Todo esto, sin embargo, termina en mil ochocientos sesenta y seis con el reconocimiento del Reino de Italia por parte del Imperio Habsburgo. El rey asume el título farnesiano de duque de Castro, reconoce la imposibilidad de oponerse a una fuerte ocupación militar de ciento sesenta mil hombres que habían impuesto una durísima represión, y cierra las últimas legaciones.

Entre el sesenta y siete i el sesenta y nueve la suerte se encarnizó con la familia real: primero, el cólera que mata a la Reina madre y al hermano Gennaro, conde de Caltagirone; después, el nacimiento de la pequeña María Cristina, llamada así en honor a la hoy beata, madre del rey, pero que murió sólo tres meses después, dejando a los padres en la desesperación. Así, la familia abandona Roma en abril del setenta, con la excepción de los hermanos del rey, los condes de Trani y de Caserta, quienes, vistiendo de nuevo el uniforme, permanecen en Roma combatiendo por el Papa. Se inicia de este modo un periodo de vida más retirada, dividido entre los viajes a algunas capitales europeas y la cura de las aguas termales, a causa de la precaria salud, entre Vichy, Baden-Baden y Arco di Trento, donde encontró la muerte el veintisiete de diciembre de mil ochocientos noventa y cuatro. La reina murió en mil novecientos veinticinco, cerca de su familia, con la cual se había reunido en los últimos años de su vida.

Es precisamente de los años del exilio que se conservan los diarios del rey: iniciados el uno de enero del sesenta y dos, abarcan hasta el fin de sus días. Se trata de catorce cuadernos en los que, con breves notas – o algunas veces con observaciones más detalladas –, el rey comenta sus jornadas o anota los acontecimientos. A veces se refieren a meditaciones, pensamientos y dolores que atraviesan sus días, aniversarios y recuerdos. La portada del primer diario se inicia con estas palabras – y traduzco desde la lengua italiana original –: “Se inicia el año mil ochocientos sesenta y dos: es el vigésimo séptimo de mi vida. En el sesenta y dos se cumplen tres años desde la muerte de mi Padre de Gloriosa Memoria. Es el segundo de nuestro exilio de la Patria... deseo que el sesenta y dos sea diferente del sesenta y uno y año de paz”. La última anotación es del veinticuatro de diciembre del noventa y cuatro, tres días antes de la muerte y también el cumpleaños de la hija: “En carroza, visito a María... Trabajo un poco, pero me canso”. Muchas son las anotaciones emocionantes, como aquélla que se refiere a la muerte de la reina madre: “Todos nosotros somos huérfanos dos veces”. O a la desaparición de la hija: “... Cristina... a las siete y media, vuela hacia el cielo. Estamos desolados”, y al día siguiente: “Entramos a menudo en la habitación de la niña, que es como un ángel entre las flores”.

Quisiera terminar este recuerdo del rey Francesco Secondo con dos documentos que remarcan además la delicadeza de ánimo y su condición de

ser digno hijo de la reina santa. El primero es una carta escrita desde París por el rey y dirigida al príncipe de Tocco, de mil ochocientos ochenta y uno, señalada como reservada, y que se refería a donativos para algunas iglesias de las *Puglie*, de conformidad con disposiciones testamentarias del rey Ferdinando Segundo: se hace referencia explícita a que este acto no se publicite y que – de nuevo traduzco del italiano – “debiéndose acompañar naturalmente de inscripciones, que se restringan las mismas al único nombre del Rey mi Padre, con el añadido *donavit año mil ochocientos cincuenta y nueve*, sin indicar la época real ni quién se encargó de todo”. El último documento que quisiera proponer es una consideración que el rey confía a su diario, el uno de septiembre del sesenta y dos, y que se refiere caballeramente al derrotado enemigo Garibaldi – traduzco –: “Afligido por la tristeza de haber visto, después de dos años, aquel mismo Garibaldi detenido por los piemonteses cuando combatía: mientras para nosotros, la cobardía y la ignominia nos lo hicieron vencedor en Sicilia y en Calabria”. Y concluye augurándose que “Quiera el Señor concedernos el triunfo de la Iglesia y la reivindicación de nuestro honor”.

Finalmente, quisiera añadir algunas consideraciones. Como he apuntado al inicio de esta conferencia, estos documentos no son inéditos, en el sentido de que son, ciertamente, conocidos por la comunidad científica. No son conocidos, sin embargo, por parte de un público no especialista, y merecerían ser tenidos en consideración, para superar una injusta *damnatio memoriae*, en modo particular por parte de su pueblo de hoy, que no lo ha podido conocer ni comprender.

Concluyendo, hemos intentado explicar en que modo estos documentos muestran al hombre, no al Rey. Y el Hombre, incluso en su cotidianidad, no deja nunca de recordar, y de recordarnos, la Fe en Dios, el amor por la familia, por la Patria y por el pueblo.

Muchas gracias